

También excita de la sala en medio
 Vivas curiosidades otro máscara,
 Que a Don Francisco de Quevedo imita
 En el aspecto y la festiva charla.
 Va mostrando la cruz de Santiago
 En su capa, y un pie disforme arrastra
 Por dar a niñas, jóvenes y viejas
 Zumba mortal en sus rimadas sátiras.
 Con la faz verdadera de Quevedo
 De su careta es tal la semejanza;
 Tan bien conoce del poeta insigne
 Hasta las más ligeras circunstancias,
 Que poco a poco el círculo se aumenta
 De los que a oír acuden sus palabras:
 Suspéndese la danza, y olvidados,
 Como si a leguas cien de allí se hallaran,
 Quedan algunos máscaras de aquellos
 Que entran en el salón, miran y callan,
 O, si a soltar la lengua al fin se atreven,
 Hablan *de usted* y necedades hablan.

De la turba de oyentes a ese tiempo
 Álvarez en su traje se separa:
 Habla al oído a *Don Francisco* y llévale
 A la pieza al salón más inmediata,
 En la cual abundante y rica cena
 Está por diestra mano preparada.
 — «Carlos, le dice con su voz melosa,
 De Quevedo el papel jugáis con gracia;
 Pero personas hay que os conocieron,

Y es ya inútil fingir.... Yo deseaba
 Una ocasión cual ésta, en que deciros
 Que vuestra dicha júbilo me causa:
 Mi amor he sofocado para siempre.
 ¡Diana con su amor feliz os haga!
 Y en prueba de amistad, aquí apuremos
 Si os parece, dos copas de Champaña.»
 Acepta Carlos. Álvarez las copas
 Llena, y en la de aquél una substancia
 Desconocida echó con disimulo:
 Ambos las copas cogen.... las levantan,
 Las chocan, beben, y de allí a un momento
 Cual dos amigos íntimos se apartan.
 Y, no bien al salón llegaba Carlos,
 Cuando cierta solícita criada,
 De quien harán memoria mis lectores,
 Al joven temblorosa mano alarga
 Para darle un papel, y se retira
 Mientras Carlos por él la vista pasa.

«Soy un amigo vuestro (le decían,
 Sin fecha y firma en la supuesta carta)
 Y de ver que Diana está jugando
 Con vuestro corazón, duéleme el alma.
 No creáis en la boda prometida:
 Antes que vuestro amor ella pagara,
 Ya de su corazón otro era dueño,
 Y hoy viene a reclamarle su palabra.
 Si crédito no dais a estos renglones,
 Salid por un momento de la sala

Y en la sombra esperad, porque al amante
Cita para el jardín tiene ella dada,
Y a veros un instante descuidado,
Para cumplir su compromiso, aguarda.
Pero escuchadme, Carlos: no vayáis
A armar aquí con vuestra afrenta zambra;
Nada de quijotismo; el que es prudente,
De lo que mira se aprovecha y calla.»

Intención tuvo Carlos de hacer trizas
El vil papel que la pureza mancha
De su hermosa Diana; pero tiende
La vista, y lo que ve su sangre cuaja.
Con máscaras diversas, allá lejos,
Diana estaba en misteriosa plática:
Carlos creyó notar que sus acciones,
Sin perderle de vista, ella espiaba,
Y entonces el demonio de los celos
En su pecho infeliz hinca la garra.
«Con cerciorarme nada pierdo (dice)
De lo que anuncia esa funesta carta.»
Y hasta el confín del corredor obscuro
Corre, y allí temblando se agazapa.

Cuando él salió, por la contraria puerta
Con traje al suyo igual, asoma un máscara:
Pasea su mirada recelosa,
Luego se acerca adonde está Diana
Y le dice al oído: «Necesito
Hablarle en el instante dos palabras.»

«Bailaremos, Diana le responde,
Creída ya de que con Carlos habla;
Mas él insiste en que al jardín vecino
Vayan los dos mientras la gente baila.
Acalorada ya con la careta,
La agitación causada por la danza,
La luz, la concurrencia, ella sentía
Arder sus ojos cual si fuesen brasas:
Un helado sudor bañó su frente,
Y vueltas daba en su redor la sala;
Mas, conociendo el genio caprichoso
De su amante, hacia afuera le acompaña,
En él se apoya y dícele: «Hace rato
Que te quería hablar.... me siento mala.»
—«Tal vez el aire fresco de la noche
Disipará tu malestar.» Llegaban
En esto a aquella puerta que salida
Presta al jardín: desdobla una ancha capa
Nuestro desconocido y se arreboza,
Sin que manejo tal advierta Diana.

No bien los viera Carlos dirigirse
Hacia la fuente del jardín, a gatas
Corre por los lugares más sombríos;
Hiérese rostro y manos con las zarzas
Que le obstruyen el paso: da un rodeo,
Y, al fin, detrás de una ruinosa tapia
Se detiene.... comprime los latidos
Con que su corazón el pecho salta,
Y con sus manos trémulas sofoca

Hondo gemido que partió del alma.
De las estrellas a la luz incierta
Ve que muy cerca de él los dos se abrazan,
Y que el desconocido imprime un ósculo
En la frente de aquella que le engaña:
Por si incompleto el desengaño fuese,
Llegaron a su oído estas palabras:

Desc.— «Temo, sí, por mi amor mientras ese hombre
Continúe viviendo en esta casa;
Su vista me enfurece....»

Dian.— «Sólo un ciego
Pudiera no advertir que sólo ama
A ti mi corazón; que mis riquezas
Son lo que a él únicamente halaga:
Mas por qué disfrazado permaneces?
¿Por qué finges la voz....?»

Desc.— Vaya, Diana,
Retirémonos ya, pues frío el viento
Sopla y a tu salud acaso daña.»

Cual leona a quien roban sus cachorros
De la espesura enfurecida salta,
Viendo que los amantes se retiran,
Carlos salvó la derruida tapia.
Despareció el traidor.... El rostro vuelve
Ella cuando arrancábase la máscara
Carlos, y al verle, un grito de sorpresa
Y espanto su convulso labio exhala.
Él se acercó, pintada en su semblante
La agonía, el deseo de venganza,

Y apoyando su cuerpo contra un árbol,
Inmóvil permanece como estatua.
Diana sus manos lleva hacia la frente,
Porque creía que soñando estaba.
«No: yo estoy loca,» dijo. «Eres tú, Carlos?
Respóndeme.... ¡no sé lo que me pasa!»
— «Soy yo,» contesta Carlos. «Si hombre alguno
Cuanto he visto y oído me contara,
Lejos de darle crédito, mi mano
Hoy ostentara una sangrienta mancha,
Y de tal homicidio tú, sin duda,
Fueras, mujer, la despreciable causal»
— «Esto no puede ser,» clamaba ella:
«Alguno mutuamente nos engaña.»
De pronto vaciló.... su frente ardía,
Al corazón su sangre se agolpaba:
«Todo se aclarará,» dijo, tendiendo
Hacia su amado las errantes palmas:
«A mi aposento, por piedad, me lleva:
No me puedo tener; estoy muy mala.»
Carlos allí con ímpetu terrible,
De indignación temblando, la rechaza.
De su rival en pos correr quisiera,
Y el narcótico ya su vista empaña,
Sus miembros entorpece.... da tres pasos...
Anúdase la voz en su garganta,
Y derríbale al fin sueño invencible
Sobre el tapiz de la extendida grama.—
Diana en tanto en la pared se apoya
Del largo corredor; su cuerpo abrasa

La fiebre; lanza allí débil gemido;
Torna a seguir su trabajosa marcha,
Abre la puerta de su alcoba, y entra
Y se desploma, de sentido falta.



SEGUNDA PARTE.

I.

Filosofía que suele ser el resultado de la desgracia.—Carlos abandona la quinta.—El día nublado.—Un momento de agonía.—Diana enferma.—Vanidad de la ciencia.—Raro sueño de Diana.—Pierde la razón.

«Toda mujer es vaso de veneno
Que a sus labios incauto el hombre lleva:
La más hermosa, tímida, inocente,
Es flor que abriga un áspid en su seno.
Pon a sus pies tu corazón ardiente,
Hombre insensato, de esperanzas lleno;
Cifra tu bienestar en su cariño,
Confíala tu honor, tesoro santo
Que al aire ha de esparcir hecho ceniza,
Para reir de tu candor en tanto!

«El hombre por capricho quiso un día
Planta rastrera levantar del cieno;
Altares le erigió; se prosternaba
Para adorarla: ¡necia idolatría!
La planta al cieno en que nació tornaba:
Vivir en otra esfera no podía.

«¿Por qué vestir con oropel brillante
Esa deformidad, esa impureza,
Y un alma atribuirle y sentimiento?
El mundo antiguo, de locura exento,
A la mujer consideraba sólo
De placer material como instrumento.

«Y luego, obrar el bien ¿de qué nos sirve
Si todos los afectos son burlados,
Si enemistad el hombre halla en la tierra
O indiferencia sólo? Da al amigo,
Al que amigo se llama, da tu mano:
Tendiéndote su diestra, con la otra
Hiere tu corazón y te asesina.
¡Oh! la amistad es cosa peregrina!

«A sí mismo bastarse el hombre debe;
Cerrar su pecho a la piedad, alerta
Permanecer contra la astucia humana;
Y, ya que manantial es de dolores
La sociedad, vivir en aislamiento,
Y anegar en la hiel de la experiencia
De lo bello y lo grande el sentimiento.»

Carlos así decía, y caminaba
La quinta abandonando.—Triste el día
Su claridad con la neblina vela:
Empapaba las hojas de los árboles
Lluvia menuda: el lago solitario
Ostentaba sus ondas cenagosas

Que no azota el alción: la golondrina
Para buscar al sol remonta el vuelo,
Pues que el invierno ha vuelto se imagina
Al ver triste la tierra, obscuro el cielo.—
Por el acerbo desengaño herido
Aquel hombre leal y generoso,
Cree que en la tierra la virtud no existe;
Huye del trato humano, y a porfía
Bebe en odiosa copa la cicuta
De una falsa y cruel filosofía.
Prosigue caminando silencioso
Y de pronto se pára. . . . De allí cerca
El sitio estaba que le vió dichoso,
Oyendo de los labios de Diana
La confesión de amor. El limonero
Que sus ramas sobre ellos extendía
Aquella noche; el dilatado lago
Que a sus pies mansamente se adormía;
El vespertino cándido lucero
Que de su amada la atención robaba;
El dulce canto que en la brisa erraba
De intérprete sirviendo al pensamiento
Que él abrigaba entonces, todo vino
A su memoria. . . . En medio del camino
Detuvo su caballo en el momento:
Con ambas manos ocultó su rostro. . . .
La fortaleza estoica no existía:
A gritos aquel hombre sollozaba
Y un torrente de lágrimas vertía.
El contemplarle así lástima daba!

Mas luego se calmó, y, avergonzado
 De haber a su dolor rienda soltado,
 «Esta debilidad es la postrera,»
 Dijo, y de allí se aleja para siempre.
 A nadie aviso de su marcha diera
 En la quinta, y ahora échanle menos;
 Pero a la reflexión todos ajenos
 Por la terrible enfermedad que postra
 A la pobre Diana, al fin le olvidan.

Toda la noche de la enferma al lado
 Veló su camarista; en la mañana,
 Llena de sobresalto, la abandona
 Y, corriendo a llamar a la familia,
 A todos con acento demudado
 Que como dardo el corazón les hiere,
 Dice: «Venid, venid: Diana se muere!»

Y era muy cierto. Acaso
 Ya de la fiebre herida
 Estaba cuando al baile
 De máscara asistía.
 Allí las muchas luces,
 La agitación continua
 De la vistosa danza
 En que Diana brilla,
 A su salud endeble
 Fueron quizá nocivas.
 El aire de la noche,
 Cuando al jardín salía,

Brotar hizo en su pecho
 De muerte la semilla.
 La confusión, la pena
 Que siente a la imprevista
 Aparición de Carlos,
 Con quien hablar creía,
 Y las palabras duras
 Que él dijo, dieron cima
 A la obra destructora
 De la infelice niña,
 Que, sin conocimiento,
 Tostadas sus mejillas
 Por ardorosa fiebre,
 La boca purpurina
 Entreabierto, en su blando
 Lecho vemos tendida.
 En derredor ansiosa
 Muéstrase la familia:
 Palpa con mano trémula
 Su frente enardecida
 La madre, y, anegadas
 En llanto las pupilas,
 A su oído murmura:
 «Diana, mi amada hija!»
 Ella la voz oyendo,
 Con trabajo respira,
 Lanza gemido débil,
 Torna a quedar tranquila:
 Y de este modo pasan
 Muchos amargos días.